



Fiesta de San Juan de Ávila 2009

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes. Queridos hermanos todos en el Señor:

Hoy es obligado comenzar la homilía con un saludo muy especialmente cordial a los hermanos que celebran sus bodas de oro y plata de su ordenación: Julio Fernando Andrés Calvo, Manuel Horacio López López, Victoriano Pascual Pérez, Francisco Rodríguez Vilches, Marciano Sánchez Rodríguez, Bernardo Alonso Rodríguez, Juan Polo Laso, Pedro Cuesta Álvarez, Mikel Echezarreta Celaya, Casimiro Muñoz Martín y José Vicente Gómez Gómez. Saludamos con especial afecto a todos los familiares y amigos de estos sacerdotes hoy homenajeados. Con vosotros nos unimos a ellos en su acción de gracias por la llamada al ministerio y por la fidelidad en la lucha que han mantenido con la fuerza poderosa que el Señor les ha dado.

Esta fiesta de nuestro patrón, San Juan de Ávila, en el año dedicado a San Pablo, es una ocasión propicia para profundizar en algunos aspectos centrales de nuestro ministerio con la ayuda de los textos leídos de las cartas paulinas, siempre vistos en la clave de nuestro seguimiento de Jesús, el buen Pastor, fuente y modelo permanente de nuestro ser y misión.

“Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da la vida por las ovejas; el asalariado... abandona las ovejas y huye... no le importan las ovejas. Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy la vida por las ovejas”.

Con estas palabras Jesús nos ha enseñado que el pastor es auténtico en la medida en que asegura la vida del rebaño, poniendo en riesgo la propia vida por sus ovejas. El asalariado trabaja por interés propio; el dueño de las ovejas está dispuesto a morir por ellas.

El buen pastor se caracteriza por la entrega de la vida por sus ovejas y por el conocimiento mutuo entre él y el rebaño. Y este conocimiento mutuo entre el buen pastor y sus ovejas es el reflejo del conocimiento recíproco entre Dios y el buen pastor. En este conocimiento tiene su origen el amor del pastor a su rebaño. En el conocimiento del Padre tiene Jesús el conocimiento de su misión; y en la comunión de amor con el Padre, culmen del conocimiento mutuo, tiene su fuente la voluntad libre de Jesús de entregar la vida por la salvación de los hombres a quienes ha amado hasta el extremo.

De la misma manera, en el conocimiento del misterio de Cristo y en la comunión de amor con Cristo, tenemos el conocimiento de nuestra misión, y la fortaleza para llevarla a cabo con fidelidad, quienes hemos sido consagrados por el Espíritu Santo, como pastores de la Iglesia de Dios, para tener cuidado del rebaño que él adquirió con la



sangre de su propio Hijo. Precisamente por ello, el apóstol Pablo, al despedirse de los presbíteros de Éfeso, les ordena que tengan cuidado de ellos mismos, poniéndose en manos de Dios y de su palabra de gracia. La edificación de nuestra vida en la comunión de amor con Cristo, a través de la escucha orante de su Palabra y de la comunión de su cuerpo y sangre, es condición necesaria para ser buenos pastores, dispuestos a dar la vida por las ovejas que el Espíritu Santo nos ha encargado guardar.

Sólo esta comunión de amor con Cristo nos hace posible alegrarnos en los sufrimientos que acompañan al ministerio y hacer nuestra la enseñanza apostólica de la carta a los cristianos de Colosas: “Me alegro de sufrir por vosotros: así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado ministro, asignándome la tarea de anunciaros... que Cristo es la esperanza de la gloria... para que todos lleguen a la madurez en su vida en Cristo: esta es mi tarea, en la que luché denodadamente con la fuerza poderosa que él me da.”

Este texto refleja lo mucho que el apóstol Pablo ha sufrido por el anuncio del misterio de Cristo y la profunda alegría que este sufrimiento lleva consigo cuando tiene como fruto la fe y la madurez de la vida en Cristo.

En relación con el significado de la frase *«así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia»*, hay que advertir que el autor no dice que falta algo a las tribulaciones de Cristo para salvar al hombre, o que Cristo no ha padecido suficientemente. En Colosenses se afirma con claridad que la mediación de Cristo es perfecta (cf. Col 1,19-20.22; 2,9-10; 2,13-14; 3,1).

Algunos comentaristas piensan que estas tribulaciones de Cristo están incompletas sólo en su aplicación a los hombres de todos los tiempos, o sea, falta sólo la redención subjetiva. Otros comentaristas, siguiendo a santo Tomás, dicen que cada cristiano debe conformarse con su Cabeza, que es Cristo: así como Cristo padeció lo que le correspondía, según estaba en el designio del Padre (Jn 17,4; 19,30), así sus miembros deben asociarse a estos padecimientos, hasta que se cumpla el plan de Dios; y de esta forma participarán de su misma gloria (Rom 8,17.29).

Aceptada la verdad de ambas consideraciones, es adecuado agregar que «completar lo que falta a las tribulaciones de Cristo» es sentirse asociado a los trabajos apostólicos de Jesús en su vida mortal, como continuadores de su obra en favor de la Iglesia. Se ha hecho notar que Pablo llama «tribulaciones de Cristo en mi carne» a la actividad suya que reproduce la de Cristo para anunciar el Evangelio, actividad penosa y llena de fatigas, siempre en favor de la Iglesia

Así, pues, los dolores de Cristo, que el apóstol completa en su carne, son los sufrimientos para lograr que la fuerza salvadora del misterio de Cristo se haga realidad en todos los hombres. La eficacia del sufrimiento del apóstol en su tarea de anunciar el evangelio recibe su fuerza del mismo sufrimiento de Cristo por todos los hombres. Así



se pone de relieve la unidad de la misión de Cristo y del ministerio de los apóstoles y la necesidad de los trabajos y sufrimientos de los apóstoles.

Este sufrimiento necesario del apóstol se convierte en fuente de alegría, porque forma parte del anuncio de Cristo como esperanza de la gloria, para que todos los hombres puedan llegar a la madurez en su vida en Cristo. Sólo el amor a Cristo puede mantenernos gozosos apacentando las ovejas que el Señor ha adquirido al precio de su sangre. Sólo el amor al Señor nos hace capaces de entregar la vida por sus ovejas.

¿Cómo hemos de dejarnos configurar por la Palabra de la verdad y por el Espíritu del Amor?

En San Juan de Ávila encontramos el modelo de una espiritualidad personal, una existencia ministerial y una doctrina teológica armónicamente integradas y centradas en la experiencia del amor de Dios. Con su trabajo apostólico y sus numerosos escritos, Juan de Ávila pretendió hacer participar a todos de su misma experiencia personal de sentirse amado por Dios.

La experiencia del amor hace testigos del amor. Juan de Ávila está convencido de que no se puede hablar de que Dios es amor si no se tiene experiencia de ello. Como han hecho todos los grandes santos, Juan de Ávila hablaba del amor de Dios desde su propia experiencia personal. Él consideraba que a Dios se le puede verdaderamente catar, sentir y gustar, pues la relación amorosa que establece con nosotros es una relación personal.

El testimonio del amor a Cristo siempre ha ido unido a la participación en su cruz y padecimientos, porque el “mundo” no acoge fácilmente a los que no son del mundo y pone a prueba la autenticidad de su vida como se prueba el oro en el crisol. Así lo tenemos anunciado por el Señor y sus primeros testigos.

La referencia de Juan de Ávila a la Cruz como camino de reconocimiento y experiencia del amor de Dios no es un mero eco teórico de la influencia decisiva que en Juan de Ávila tuvieron las enseñanzas de San Pablo y de San Juan, sino una realidad vivida en identificación radical, de forma especial en el tiempo que estuvo en la cárcel de Sevilla, que iba a condicionar toda su vida posterior y su pensamiento. En la cárcel ha tenido experiencia del mayor don de Dios y aprendió más que en todos los años de sus estudios. Dios le concedió allí “*un muy particular conocimiento del misterio de Cristo*” (Luis de Granada, Vida, II, 4,6). Por ello pudo resumir Juan de Ávila este especial conocimiento del misterio de Cristo escribiendo: “*En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste*” (Carta 58, 50-51: IV, 269). La Cruz de Jesucristo será, pues, para Juan de Ávila, el lugar permanente de la manifestación y de la experiencia del amor de Dios. Hablar del amor de Dios, será hablar de la Cruz de Cristo.



Carlos López Hernández

Estamos a las puertas del “Año Sacerdotal” convocado por Benedicto XVI para conmemorar el 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, patrono de los párrocos, a quien el Papa califica como “verdadero ejemplo de pastor al servicio del rebaño de Cristo”. Benedicto XVI ha puesto de relieve la relación entre la “identidad misionera del presbítero en la Iglesia” y “la indispensable tensión hacia la perfección moral, que debe existir en todo corazón auténticamente sacerdotal”, pues la eficacia de su ministerio depende sobre todo de su tensión hacia la perfección espiritual, para ser una imagen auténtica del buen Pastor que da la vida por sus ovejas. Este año sacerdotal puede ser una ocasión propicia para la necesaria renovación de la espiritualidad presbiteral a la luz de las orientaciones contenidas en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*.

Que el ejemplo y la intercesión de San Juan de Ávila nos alcancen la gracia de centrar todas las dimensiones de nuestra vida espiritual y de nuestro servicio al Evangelio en la experiencia del amor de Dios, fuente de nuestra plenitud personal y de nuestra alegría en el sufrimiento que lleva consigo necesariamente el ejercicio del ministerio.

2 de mayo de 2009